

De los Picos de Europa a la Ciudad del Tíber. Apuntes para una reseña biográfica de Dora del Hoyo

ANA SASTRE

Abstract: *Apuntes sobre la vida de Salvadora (Dora) del Hoyo (1914-2004), primera numeraria auxiliar del Opus Dei. El relato narra su origen, castellano, y su posterior traslado a Madrid, en 1940, donde trabajó durante unos años en el servicio doméstico en casas de alta alcurnia. A continuación recoge su encuentro con Josemaría Escrivá de Balaguer y las primeras mujeres del Opus Dei, así como su posterior petición de admisión, en 1946. De forma breve, se presenta su traslado a Roma y su trabajo en centros del Opus Dei de la Ciudad Eterna, donde murió en 2004.*

Keywords: *Salvadora (Dora) del Hoyo – Mujeres – Opus Dei – Residencia Moncloa – León – Madrid – Roma – 1914-2004*

From the Picos de Europa (Peaks of Europe) to the City of the Tiber. Notes for a biographical sketch of Dora del Hoyo: *Notes on the life of Salvadora del Hoyo (1914-2004), first numerary assistant in Opus Dei. The account describes her Castilian origin and her subsequent transfer to Madrid, in 1940, where she worked for a number of years as a domestic servant in the houses of the well-to-do. Next, her meeting with Josemaría Escrivá and the first women of Opus Dei is described as well as her posterior application for admission in 1946. Her move to Rome is described briefly as well as her work in centers of Opus Dei in the Eternal City where she died in 2004.*

Keywords: *Salvadora (Dora) del Hoyo – Women – Opus Dei – Moncloa Residence – Leon – Madrid – Rome – 1914-2004*

El día 10 de enero de 2004, a las cuatro y ocho minutos de la madrugada, falleció en Albarosa, centro del Opus Dei situado en via di Grottarossa –junto a la via Flaminia Nuova, a pocos kilómetros del centro de Roma– una mujer, llamada Salvadora del Hoyo, a la que apenas faltaban veinticuatro horas para cumplir los noventa años de edad¹. Habría podido morir en el anonimato, que nunca eludió en su larga vida de trabajo, pero no es fácil guardar silencio cuando se aprecia el valor de su vida de servicio.

Esta mujer reposa definitivamente en Santa María de la Paz, iglesia prelaticia del Opus Dei en Roma, donde se encuentran y veneran los restos del fundador, san Josemaría Escrivá de Balaguer, y de su primer sucesor, mons. Álvaro del Portillo². Allí, la presencia de algunos nichos –cubiertos por lápidas y todavía vacíos–, se explica en una inscripción que indica que serán enterradas personas del Opus Dei, de diversos países y condiciones, sin que este hecho suponga un privilegio especial.

Encontrar los restos mortales de Salvadora del Hoyo –llamada habitualmente Dora– ocupando un lugar en este espacio representativo, muestra la trascendencia que el fundador dio siempre al trabajo de administración doméstica y al cuidado de los centros de la Obra. Esta dedicación, que, si no en exclusiva, sí con prioridad, ejercen las numerarias auxiliares, ha sido calificado repetidamente por su fundador como esencial en la Obra. De esta tarea se ocupan algunas numerarias y las numerarias auxiliares que, como los demás fieles del Opus Dei, por vocación divina están llamadas a santificar su trabajo profesional ordinario. San Josemaría subrayó muchas veces que este quehacer es el *apostolado de los apostolados*, la *espina dorsal* de toda la acción apostólica del Opus Dei, y que resulta de capital importancia para el clima de hogar cristiano que debe caracterizar los centros de la Obra, según el espíritu fundacional³.

¹ Desde 1974 Cavabianca, sede del Colegio Romano de la Santa Cruz, centro de formación y seminario internacional de la Prelatura del Opus Dei en Roma, se encuentra en las proximidades de la Ciudad Eterna. En locales anejos independientes, se ubica otro centro, denominado Albarosa, desde donde mujeres del Opus Dei atienden la administración doméstica de Cavabianca.

² La tumba del fundador se encuentra bajo el altar de dicha iglesia, en vial Bruno Buozzi, 75. En la cripta de la iglesia está enterrado Álvaro del Portillo, y en una *sottocripta* se encuentra la sepultura de Carmen Escrivá de Balaguer, hermana del fundador, que –sin ser del Opus Dei– dedicó gran parte de su vida a la atención doméstica de centros de la Prelatura.

³ Cfr. *El trabajo de la Administración*, Roma 1993, AGP (Archivo General de la Prelatura), P19; Andrés VÁZQUEZ DE PRADA, *El fundador del Opus Dei*, vol. II, Madrid, Rialp, 2002², pp. 578-588.

Dora del Hoyo, nacida en la meseta castellana de León, al pie de los Picos de Europa, fue el primer eslabón –fuertemente unido al fundador–, al que siguió una cadena formada por muchas numerarias auxiliares, de todas las razas y provenientes de los cuatro puntos cardinales.

El principal valor de este artículo radica en el uso de dos conversaciones mantenidas con Salvadora del Hoyo. Se llevaron a cabo con el fin de recoger sus recuerdos sobre san Josemaría, especialmente en los años cuarenta, cuando lo conoció. La primera entrevista la preparé personalmente y fue grabada en cinta magnetofónica el 4 de junio de 1998, en Roma. La segunda fue realizada por un grupo de personas el 11 de septiembre de 2000, también en Roma, y fue registrada en vídeo. Los recuerdos de Dora del Hoyo eran nítidos en cuanto a los hechos, pero nunca habló de fechas, porque no solía retenerlas en la memoria.

El artículo se centra, por tanto, en la vida de Del Hoyo hasta su viaje a Roma en 1946, porque de esto principalmente trató en las conversaciones mencionadas. Para resumir el resto de su vida, he utilizado algunas semblanzas sobre el fundador y otros escritos, pocos, del Archivo General de la Prelatura; también he consultado otros archivos, que se indicarán en su momento. El objetivo es trazar las grandes líneas de su biografía, situándola en su contexto geográfico e histórico, para dejar a otros la investigación detallada que dará luces sobre la visión del servicio y del trabajo del hogar que alimentó su vida.

JUNTO A LOS PICOS DE EUROPA

Salvadora del Hoyo Alonso nació el 11 de enero de 1914, en un pequeño pueblo de la provincia de León llamado Boca de Huérgano, muy próximo a Riaño, zona conocida por su gran belleza geográfica⁴. Eugenio Casado, párroco de la iglesia de San Vicente Mártir, escribía a pluma en el registro, con letra clara, que el 16 de enero, y en esa su iglesia parroquial, había tenido lugar el bautizo solemne de una niña, hija legítima de Demetrio del Hoyo y Carmen Alonso, labradores, naturales y vecinos de la villa de Boca de Huérgano, a la que puso por nombre Salvadora Honorata⁵.

⁴ Cfr. Pedro GÓMEZ GÓMEZ, *La lucha secular por la supervivencia en la Montaña de Riaño*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 2006.

⁵ Cfr. Libro parroquial (1914), Parroquia de San Vicente Mártir (Boca de Huérgano, León), fol. 37.

Boca de Huérgano se encuentra en la convergencia de valles amplios, limitados por alturas de dos mil metros de la cordillera cantábrica. El río Esla tiene que abrirse paso a través de esa verticalidad de caliza, pizarra y umbrías boscosas de hayas y robles. El valle del Yuso, río que confluye en el Esla, se despeña por Boca de Huérgano en un espléndido paisaje de montaña, con desfiladeros y pastizales.

La mayor densidad de población se encuentra en los entornos de Riaño, a más de mil metros de altitud, con inviernos largos, cubiertos de nieve, y lluvias sólo amortiguadas por la proximidad de los Picos de Europa. Hay pastos de tipo alpino y grandes rebaños en la cañada leonesa. El hombre modela, con su esfuerzo secular, la naturaleza y el paisaje; se ven tierras de cultivo en las que crecen trigo, cebada y centeno, así como patata y legumbres. La sementera se realiza en octubre para los cereales, y la recolección tiene lugar en julio. El verano es momento de legumbres y el otoño de patatas. Pero la gran riqueza se centra en los pastos y rebaños. También los frutales, cerezos, ciruelos, manzanos y perales, estallan de flores y frutos en la estación de la primavera⁶.

León, capital de la provincia, ejerce su influjo de referencia por ser un hito en la ruta europea del Camino de Santiago. En su catedral subsiste el gótico más puro, en una auténtica lección de elegancia, luz y austeridad.

Pero tiene León otros tesoros, como San Isidoro, iglesia a la que se ha llamado *joya del románico*, que data de 1063. Allí imperan el silencio y la penumbra. Custodia el panteón real, en el que duermen su descanso final once reyes, doce reinas, diez infantes, nueve condes y otros personajes de memoria remota. Y San Marcos, hospedería que fue de peregrinos, hospital, cárcel y Casa Mayor de la Orden de Santiago en el siglo XVI, es un sorprendente alarde plateresco⁷.

El patrimonio artístico de estas tierras no se limita a las ciudades: Huelde, Ancias, Pedrosa del Rey, Escaro y Riaño arropan en sus valles y montañas ermitas, iglesias, casas solariegas, escudos, imágenes y retablos que iluminan y acogen las tradiciones populares de este lugar privilegiado de la meseta castellana⁸.

⁶ Sobre esta zona de León, cfr. Enrique MARTÍNEZ FIDALGO, *Riaño*, León, Dirección, 1987; Lorenzo LÓPEZ TRIGAL, *La provincia de León*, León, Santiago García, 1996.

⁷ Cfr. Alfonso GARCÍA, *León y su provincia*, León, Edilesa, 2002, y Antonio VIÑAYO, *León*, Madrid, Everest, 1977.

⁸ Cfr. Julio LLAMAZARES, *El río del olvido*, Barcelona, Seix Barral, 1996.

La arquitectura responde también a las características del entorno. Todavía se conservan restos de construcciones de astures y cántabros. Las casas típicas de Riaño se caracterizan por sus muros de canto rodado afirmados con barro, piedra labrada en las esquinas y en los marcos de ventanas, techos de madera y tejados con pendiente a dos aguas. Y junto a ellas, el hórreo, erguido en pilotes sobre el suelo para defender el grano cosechado de la humedad y de las alimañas.

La indumentaria regional es amplísima. Podemos encontrar el traje típico de León, *maragato*, el montañés, el cabrarés, etc. Y se alternan sayos, polainas, capas, botines, abarcas, zuecos y sombreros.

El año cubre sus etapas con las faenas del campo y las costumbres populares y religiosas. Patronos, romerías, hogueras de San Juan, carreras de caballos, corridas de toros y juegos de bolos. Todo contribuye a amenizar la vida de jóvenes y viejos⁹.

BOCA DE HUÉRGANO

Éste es el marco en el que Salvadora del Hoyo nació y creció, hasta el momento de marchar lejos de sus tierras y sus gentes. Sus padres tuvieron cinco hijos: cuatro niñas y un varón. Dora era la cuarta entre sus hermanos¹⁰.

Formaban una familia de labradores que vivía dignamente, con lo justo. Dora del Hoyo acompañó siempre a su padre en el esfuerzo de las tareas del campo. Ella lo describía como un hombre serio, amable, de buen carácter y absoluta rectitud. Un castellano puro, nacido en el límite de las montañas. Su madre, según definición de la propia Dora del Hoyo, era arrolladora, con un genio fuerte; contrapunto de su padre, que era siempre aplomo y paz¹¹.

Los años de infancia y adolescencia de Dora del Hoyo transcurrieron rodeados del afecto familiar. Trabajaba junto a sus padres, sobre todo en las temporadas altas de la labranza. Comían de los recursos de la tierra: legumbres, verduras, pan, patatas. Y leche y queso y carne proveniente de animales que el padre mantenía y cuidaba para convertirlos en reserva del año¹².

Sus amigas formaban una alegre pandilla. A la escuela sólo asistió durante seis años, y aprendió a leer con *Don Quijote*, único libro disponible

⁹ Cfr. José Augusto MARTÍNEZ RUIZ (AZORÍN), *Castilla*, Madrid, Incafo, 1986.

¹⁰ Entrevista de Ana Sastre a Dora del Hoyo en Roma, 4 de junio de 1998.

¹¹ Entrevista de Ana Sastre a Dora del Hoyo en Roma, 4 de junio de 1998.

¹² Entrevista de Ana Sastre a Dora del Hoyo en Roma, 4 de junio de 1998.

que tenían los maestros de Boca de Huérgano. Jugaban a la pelota, corrían a campo través, adivinaban acertijos, etc. Del Hoyo era una más. Pero siempre destacó ante los mayores por su inteligencia, capacidad de trabajo y ambición. Nunca entró en sus planes pasar la vida en los límites del pueblo, por más cariño que tuviera a su solar y a su familia. Los amigos recuerdan su porte exterior: siempre muy cuidado en el detalle del arreglo personal. Durante la adolescencia descubrió también la cercanía y el afecto de los muchachos de su entorno, compañeros de fiestas, bailes y romerías. Uno llegó a trazar con ella planes de futuro, pero moriría, muy joven aún, durante la Guerra Civil española de 1936-1939¹³.

Cuando los padres fallecieron, ella estaba en Roma y no pudo desplazarse a España. Demetrio del Hoyo murió el 30 de marzo de 1948 y Carmen Alonso casi un mes después, el 28 de abril; ambos a los setenta y dos años de edad¹⁴. Se fueron abrazados a los auxilios de la Iglesia Católica, cuya fe profesaron siempre. Su hija *romana* llevó su constante recuerdo en el alma, con profundo agradecimiento.

MADRID Y EL SERVICIO DOMÉSTICO

Un buen día, Del Hoyo se planteó la aventura de emigrar, que entonces podía brindarle nuevos horizontes: ir a Madrid, ciudad en la que se daban cita aluviones de gente llegada de todas las provincias. Allí había trabajo. Ella tenía manos hábiles, capaces de manejar la azada y la aguja, la carreta y la plancha, la recogida del heno y el cuidado de la casa. El ambiente familiar la había hecho fuerte y serena para abordar la existencia cotidiana. Pero también tenía una gran capacidad de aprendizaje, lo que le facilitó captar las formas sociales y adaptarse a ambientes totalmente diversos a los que había vivido.

Para una mujer que carecía de títulos y formación especiales, la salida inicial no era otra que el llamado *servicio doméstico*¹⁵. Una tarea, entonces,

¹³ Cfr. escrito de Patrocinio Rodríguez del Hoyo, León, 10 de enero de 2005.

¹⁴ Cfr. Libro parroquial (1948), Parroquia de San Vicente Mártir (Boca de Huérgano, León), fol. 93v-94.

¹⁵ Cfr. sobre este tema Liborio ACOSTA DE LA TORRE, *El servicio doméstico y el centro protector de la mujer*, Madrid, R. Velasco, 1878; Jesús María VÁZQUEZ, *El servicio doméstico en el pensamiento de Pío XII*, Madrid, Acción Católica Española, 1958; Leonor MELÉNDEZ, *El servicio doméstico en España*, Consejo Nacional de Mujeres de Acción Católica, Madrid, Cóndor, 1962. Para una visión actual del trabajo doméstico, cfr. María Pía CHIRINOS, *Claves para la antropología del trabajo*, Pamplona, Eunsa, 2006.

que acogía a personas de muy diversa índole; se trataba de llevar a cabo la atención y el cuidado de una casa de familia, que podía ser pequeña o grande, poblada de niños o limitada a un corto número de personas mayores, de clase media sencilla o de alta consideración social.

El servicio doméstico, en España, es un fenómeno que exige remontarse al siglo XIX y primeras décadas del XX. «La evolución del apelativo desde la antigua sierva hasta la actual empleada del hogar, pasando por los términos de criada, doncella, sirvienta..., no responde a una casual variedad de nombres, sino que refleja una evolución social profunda de la trabajadora del hogar en su propia conciencia y en la estima que de ella tiene la sociedad»¹⁶.

Antes del Código Civil de 1889 existía una clara diferencia entre *servidores domésticos*, que comían y vivían en casa de sus amos, y los que no compartían esta convivencia y estaban simplemente a sueldo.

El nuevo Código de 1889 anulaba esa distinción e integraba a todos los asalariados en el título VI (Contratos de arrendamiento), capítulo III, sobre arrendamiento de obras y servicios. La sección 1ª trataba del servicio de criados y trabajadores asalariados y estaba compuesta por cuatro artículos. El artículo 1583 señalaba que podía haber contratos por tiempo fijo, por cierto tiempo o para una obra determinada; quedaba prohibido el arrendamiento de estos empleados para toda la vida. Los artículos 1584 y 1586 señalaban las diferencias entre los criados domésticos y los otros tipos de sirvientes como criados de labranza, menestrales, artesanos y demás trabajadores asalariados. Mientras el criado doméstico podía ser despedido en cualquier momento, los sirvientes no domésticos no podían ser despedidos antes de plazo sin causa justa, y debían ser indemnizados con el pago del salario de quince días¹⁷.

El desarrollo económico del país planteó la necesidad de crear una normativa jurídica para regular el servicio doméstico. Pero volvió a discutirse si este trabajo, dadas sus características especiales e indefinición de tareas asignadas, podía enmarcarse en una relación laboral.

Durante ochenta años los criterios fueron cambiantes. Por ejemplo, en los contratos de trabajo de 1906 y en el proyecto de ley de 1919 el trabajo doméstico era considerado como *otros empleos asalariados*, pero una Real Orden de 1920 y el Código del Trabajo de 1926 volvieron a excluirlo, por

¹⁶ María Digna DÍAZ PÉREZ, *Historia de las Religiosas de María Inmaculada. Algunas noticias sobre el origen, fundación y desarrollo de nuestro Instituto (1843-1890)*, Madrid, Editábor, 2002, pp. 62-63.

¹⁷ Cfr. *Código civil*, Madrid, Ediciones Jurídicas Españolas, 1889.

no considerarlo verdadero contrato de trabajo. Tampoco la legislación de la Segunda República de 1931 incluyó la categoría de criados domésticos en los beneficios de la jornada máxima, accidentes, descanso dominical, seguros y maternidad. Sólo en 1969 pudieron ser integrados en el régimen laboral general. El 1 de agosto de 1985 se aprobó el Real Decreto 1424/85 sobre la relación laboral especial del servicio doméstico en el hogar familiar¹⁸.

Las razones para un proceso tan largo podrían resumirse en los siguientes puntos¹⁹:

- a) pervivencia de una mentalidad que considera la relación señor/sirviente de modo paternalista y no contractual;
- b) la condición femenina de quienes mayoritariamente se dedican a este trabajo;
- c) las dificultades del sector para organizarse y ejercer una presión colectiva en defensa de sus derechos;
- d) la casi inexistente organización sindical en este ámbito;
- e) el poco interés feminista en la defensa del tema.

En las primeras décadas del siglo XX, muchas de estas mujeres llegaban del campo a la ciudad y, de puerta en puerta, ofrecían su trabajo a quien se arriesgara a contratarlas. Riesgo que también corrían ellas al entrar en un ámbito social y familiar totalmente desconocido.

Para tender una mano a este núcleo de trabajadoras desarraigadas, desprotegidas y expuestas a todo avatar, ya en 1843 había sido creada la Fundación para Sirvientas por parte del abogado Manuel María Vicuña. Más adelante, en 1876, esta fundación fue asumida en la reciente congregación de las Hermanas del Servicio Doméstico, fundada por la sobrina de aquel abogado, hoy santa Vicenta María López y Vicuña. Todo este proceso contó con el apoyo del obispo de Madrid, card. Ciriaco María Sancha, que desde 1871 había impulsado la nueva congregación religiosa, cuya primera sede estaba en la plazuela de San Miguel, en Madrid²⁰.

¹⁸ Cfr. Gaspar RULLÁN BUADES, *La gran desconocida. Estudio sociológico sobre la empleada de hogar en Madrid*, Madrid, RMI-TEA, 1998; IDEM, *Anónima en la gran ciudad. Estudio de un colectivo marginado: la empleada del hogar*, Diputación Provincial de Córdoba-Caja de Castilla La Mancha, 1995.

¹⁹ Cfr. María Ángeles SALLÉ ALONSO, *Situación del servicio doméstico en España*, Madrid, Instituto de la Mujer, 1985, pp. 38-59. También sobre esta cuestión pueden consultarse Luis SUÁREZ, *Crónica de la Sección Femenina*, Madrid, Asociación Nueva Andadura, 1992; María Fernanda DE CHURRUCA, *Guía del servicio doméstico*, Madrid, Espasa, 2002.

²⁰ Cfr. DÍAZ PÉREZ, *Historia de las Religiosas*, p. 295; cfr. también José FERNÁNDEZ MONTAÑA (ed.), *Vida de la reverenda madre Vicenta María López y Vicuña, angelical fundadora*

Cuando Dora del Hoyo llegó a Madrid en 1940, su punto de referencia fueron las religiosas del Servicio Doméstico. Era ya mayor de edad, tenía 26 años, pero a sus padres les tranquilizaba saber que estas religiosas atenderían a su hija y le conseguirían un trabajo. En efecto, la inseguridad y el abuso de muchos sobre la precariedad de estos empleos hizo de las religiosas de María Inmaculada un refugio para las mujeres que arribaban a la ciudad en busca de un mejor nivel de vida.

LOS PRIMEROS TRABAJOS EN MADRID

Dora del Hoyo era una mujer alta, de buen porte²¹. Tenía una mirada directa y franca a través de sus ojos castaños. Había demostrado buena capacidad de trabajo e interés por aprender, y estaba dotada de una inteligencia y habilidad manual poco comunes. Las religiosas del Servicio Doméstico dieron su nombre y la recomendaron para trabajar en casa de la marquesa de Almunia, que había solicitado personal de confianza²². Le enseñaron, en breve plazo, las normas y el trato que debía dar a la señora de la casa, valen-

del Instituto de las Hijas de María Inmaculada para el servicio doméstico, escrita por sus religiosas contemporáneas, con cartas y documentos, Madrid, Imp. de Gabriel López y del Hoyo, 1910; José ARTERO, *Vida de la venerable madre Vicenta María. Fundadora de las Hijas de María Inmaculada para el servicio doméstico y protección de las jóvenes en general*, Madrid, Aldus, 1943.

²¹ Encarnación Ortega –que conoció a Dora del Hoyo en los años cuarenta– recoge la siguiente anécdota, que relató Dora del Hoyo, sobre el modo en que la contrataron en una de las casas en las que trabajó: «A la doncella de aquella casa, le preguntó su señora si conocía alguna compañera que fuese eficiente, responsable y de buena planta, “pero que no fuese agraciada”. La necesitaba para doncella del señor. Esta chica, amiga mía, pensó en mí y me llevó. Nada más verme, la señora dijo: es exactamente lo que deseaba. La anécdota refleja la categoría de Dora del Hoyo, que no es fea, pero sabe reírse de ella misma». Relación testimonial de Encarnación Ortega Pardo sobre Josemaría Escrivá de Balaguer, AGP, serie A-5, 232-1-2. Rosalía López, que vivió muchos años con Dora del Hoyo, recuerda haberle oído contar otra anécdota, en sentido contrario: en una casa no habían querido contratarla, porque se había teñido el pelo de rubio y la señora no consideraba oportuno que una chica rubia sirviera a su marido. Cfr. nota de Rosalía López, 28 de noviembre de 2009, AGP, serie S.2.4.; nota de Isabel García Martín, 20 de octubre de 2009, AGP, serie S.2.4.

²² La familia de los Almunia se remonta al siglo XIV. Durante el siglo XX, el marquesado de Almunia fue ocupado por Luis de Almunia y Bordalonga, VI marqués de Almunia, casado con María Vicenta de León y Núñez Robres. Su heredero fue Joaquín Almunia de León (1901-1995), ingeniero civil, casado con María Begoña Amman Martínez de Baeza, padres de Joaquín Almunia Amman, ministro del gobierno español desde 1982 a 1991, miembro destacado del Partido Socialista Obrero Español.

ciana de origen, que tenía su residencia en la calle Españoleta de Madrid²³. Dora del Hoyo se trasladó ahí y la experiencia fue un éxito.

Dejó ese trabajo cuando surgió otra oportunidad mejor: los duques de Nájera necesitaban una empleada de sus características y ofrecían un sueldo considerablemente más alto²⁴. Del Hoyo cambió otra vez de domicilio para hacerse cargo de este empleo, en el que pronto fue ampliamente valorada para ejercer los trabajos más exigentes.

Sin embargo, Dora del Hoyo no ambicionaba sólo un buen salario y un cómodo alojamiento. Quería conocer otras partes del mundo, dominar otras áreas del oficio, aprender otras lenguas y culturas. Por eso dejó su acomodo en la plaza del Marqués de Salamanca, para establecer un nuevo contrato con la familia de un diplomático alemán que se encontraba temporalmente en la capital, pero que tenía su destino próximo en Berlín²⁵. Corría el año 1943.

Los duques de Nájera, que la apreciaban sinceramente, intentaron disuadirla de su marcha, ya que se enfrentaría a una situación peligrosa. El duque le dijo claramente que se podía marchar de la casa, si era su deseo, pero que a Berlín no debía ir, porque estaban en guerra y su vida correría peligro. Sin embargo, Del Hoyo, que no acostumbraba a revocar fácilmente sus decisiones, había terminado de hacer la maleta, y estaba dispuesta a tomar el tren de Irún y pasar, en breve, la frontera. Providencialmente, llegó un telegrama en el que sus futuros señores le aconsejaron continuar en España, con los gastos cubiertos por ellos, y emprender el viaje con la nueva familia alemana en el siguiente otoño.

Ante el giro de los acontecimientos, Salvadora del Hoyo tomó la ruta de Riaño para despedirse con calma y pasar el estío con los suyos. Ahí se encontró con el sentido común y el cariño de sus padres, que le hicieron

²³ Cfr. entrevista de Ana Sastre a Dora del Hoyo en Roma, 4 de junio de 1998.

²⁴ Cfr. entrevista de Ana Sastre a Dora del Hoyo en Roma, 4 de junio de 1998. En 1944 el duque de Nájera era Don Juan Travesedo, capitán honorario de caballería y gentilhomme de cámara; nacido en Madrid el 25 de enero de 1890 y casado desde el 15 de octubre de 1920 con María del Carmen Martínez Rivas, hija del fundador de Astilleros Nervión. Vivían en la plaza del Marqués de Salamanca, 6. Datos proporcionados por José Luis Sampedro Escolar, miembro de la Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía. El ducado de Nájera fue otorgado por los Reyes Católicos a la familia Manrique de Lara, vinculada a Logroño. También es conocida esta familia porque Ignacio de Loyola fue temporalmente gentilhomme o paje del duque de Nájera, Antonio Manrique de Lara. Sobre esta familia, cfr. Waldo GIMÉNEZ ROMERA, *Crónica de la provincia de Logroño*, Madrid, Rubio y Compañía, 1867; Tomás LERENA – Demetrio GUINEA, *Señores de la guerra, tiranos y vasallos*, Logroño, Piedra del Rayo, 2006.

²⁵ Cfr. entrevista de Ana Sastre a Dora del Hoyo en Roma, 4 de junio de 1998.

desistir de esta aventura. Después de un verano en el campo, volviendo a respirar las vaharadas del heno, el tomillo y la retama, y recuperando el lenguaje llano, la olla, la cena en familia y el fuego del hogar, Dora del Hoyo llamó de nuevo a la puerta de las religiosas del Servicio Doméstico y retornó a la casa de los duques de Nájera²⁶.

Pero ese periodo duró poco, pues se le propuso un trabajo en la residencia Moncloa, gestionado por personas del Opus Dei, que terminó aceptando. Las religiosas de María Inmaculada conocían y apreciaban profundamente al fundador, Josemaría Escrivá de Balaguer, y vieron en Dora del Hoyo la persona adecuada para esa tarea²⁷.

LA RESIDENCIA MONCLOA

Inmediatamente acabada la Guerra Civil, Josemaría Escrivá de Balaguer había decidido reanudar la actividad apostólica que desarrollaba desde la residencia en la calle Ferraz. Pero ese edificio había sido destruido por los bombardeos, así que desde el 14 de julio de 1939, se instaló en un piso situado

²⁶ Lamentablemente no hay registros de los trabajos de Salvadora del Hoyo antes de ponerse en contacto con la residencia Moncloa. Lo que se ha escrito se apoya en sus propios recuerdos, sobre los que no pudo dar datos más concretos.

²⁷ Cfr. entrevista de Ana Sastre a Dora del Hoyo en Roma, 4 de junio de 1998. Años más tarde, en 1975, después de la muerte de Josemaría Escrivá de Balaguer, una de las religiosas de la congregación de María Inmaculada, escribió sobre la persona del fundador del Opus Dei: «En el otoño de 1943 vi por primera vez a mons. Escrivá de Balaguer en Madrid [...]. Don Josemaría expuso que estaba instalando en Madrid la primera residencia universitaria grande: La Moncloa, y nos pedía si podíamos proporcionarle empleadas del hogar para aquella residencia. Al mismo tiempo nos pidió consejos prácticos sobre los trabajos de administración que pudiéramos transmitir a las asociadas de la Obra que iban a empezar a ocuparse de estas labores. Tenía el Padre una gran inquietud por cualificar el trabajo de las personas que se dedican a las tareas domésticas, dándole dignidad, altura profesional y responsabilidad grande, porque es mucho lo que se les confía en lo espiritual y en lo humano [...]. Pudimos proporcionarles algunas de nuestras chicas, que encajaron perfectamente en la Residencia y tuvimos la alegría de que a dos de ellas el Señor les diese la vocación al Opus Dei, donde han perseverado con fidelidad y con eficacia: Salvadora del Hoyo y Concepción Andrés [...]. [Don Josemaría] jamás olvidó la ayuda que pudimos prestarle en los comienzos de la Residencia Moncloa, y volvía a repetirnos su agradecimiento, siempre que era posible [...]. [Cada vez] que venía a vernos, me impresionaba el cariño con que hablaba del trabajo de sus hijas en la administración de la Moncloa, que todavía no dominaban, pero que enorgullecía al Padre y le llenaba de admiración. Nos decía: “Todos los comienzos son muy duros y difíciles; pero mis hijas no se desaniman”. Y añadía: “Ud., Madre, ayúdeles”». Testimonio de Carmen Barrasa, 18 de noviembre de 1975, AGP, serie A-5, 195-3.3.

en la calle Jenner. Pronto resultó insuficiente para acoger a las personas que allí acudían para estudiar y recibir formación cristiana; a esto se sumó que el dueño del inmueble, que se había prestado de buen grado al alquiler, quiso disponer de él. Esta situación aceleró la búsqueda de una nueva sede, amplia, de fácil comunicación con la Ciudad Universitaria, y asequible, teniendo en cuenta las precarias condiciones económicas del momento.

Después de una indagación de meses se encontraron dos hoteles situados en los números 3 y 4 de la avenida de la Moncloa, muy cercanos a la universidad, que habían sufrido algunos daños durante la contienda. El propietario se comprometió a repararlos y a efectuar algunas reformas en su interior, siguiendo las indicaciones de san Josemaría: tendrían capacidad para cien residentes, y contarían con una zona independiente para las mujeres que se harían cargo de la gestión doméstica de la residencia.

A finales de julio de 1943 se llevó a cabo el traslado desde la residencia de la calle Jenner, a pesar de que las obras no habían concluido y el equipo de albañiles campaba todavía, reconstruyendo y tabicando espacios. La residencia abrió sus puertas oficialmente el 1 de octubre de ese año; aún continuaban los trabajos de acondicionamiento²⁸. El edificio que se conocía como *hotel cuatro* incluía la mayor parte de las habitaciones de residentes y contaba con una amplia sala de estudio. En el *hotel tres* estaban las dependencias destinadas a la dirección de la residencia, salas de recibir, comedor, algunas habitaciones, otra sala de estudio y el oratorio. Escrivá de Balaguer celebró la primera Misa en esta casa, que tomó el nombre de la calle, Moncloa, el domingo 7 de octubre de 1943.

La parte destinada a la administración –por ésta se entiende tanto el personal como su vivienda y los trabajos de atención doméstica que realizan–, había sido ocupada por mujeres del Opus Dei. Cuando llegaron, aún había obreros por la casa, escombros e incomodidades de toda índole, a las que se unía el trabajo de atender los dos chalets –uno a cada lado de la calle– en lo que se refiere al comedor, lavandería y limpieza.

A todo ello es preciso añadir que el país vivía un momento de carestía general después de la Guerra Civil. El combustible universal era el carbón, de mala calidad, y se hacía preciso conseguir los alimentos de las formas más curiosas, ya que los mercados estaban mal abastecidos. Los materiales de construcción eran defectuosos y las averías eran frecuentes, incluso en instalaciones recién montadas.

²⁸ Cfr. Ana SASTRE, *Tiempo de caminar*, Madrid, Rialp, 1999, pp. 305-308.

El equipo de empleadas que se había contratado y las mujeres que dirigían esos servicios no tenían experiencia de un trabajo de esta envergadura. El fundador recurrió entonces a la madre Carmen Barrasa, religiosa del Servicio Doméstico, para que les proporcionara algunas empleadas con capacidad y preparación suficientes para llevar a cabo esta tarea.

Cuando se abrió la residencia, los estudiantes llenaban el comedor en dos turnos y eran, lógicamente, alborotadores, desordenados y propensos a divertirse en todo tiempo y lugar. Al quehacer habitual había que sumar también las frecuentes visitas de periodistas y otras invitaciones que se hacían para dar a conocer el Colegio Mayor Moncloa. El trabajo desbordaba: muchas horas del día y de la noche se iban en calcular gastos, estudiar una alimentación suficiente y atender las mil necesidades e imprevistos que plantea un proyecto sin acabar.

Mientras, Salvadora del Hoyo seguía su vida en Madrid. Había recuperado –como se dijo– su trabajo en casa de los duques de Nájera, que contaba con una docena de personas adscritas al servicio, entre las que también se había incorporado una de sus hermanas. Se encontraba bien pagada, a gusto: trabajaba, aprendía y se divertía²⁹.

Un día, al parecer en enero de 1944, la madre Carmen Barrasa, con la que tenía una amplia deuda de gratitud, le pidió algo insólito: que dejara su trabajo y se trasladara a Moncloa, un colegio mayor universitario recién abierto en Madrid. Le explicó que se trataba de una iniciativa apostólica emprendida por Josemaría Escrivá de Balaguer, junto con varios miembros del Opus Dei y amigos. Además de acoger estudiantes que vivirían ahí, la residencia estaría abierta a otros chicos que quisieran participar en las actividades formativas y sociales que se organizarían en y desde ese centro.

Inicialmente Dora del Hoyo se resistió: ¿por qué abandonar una situación cómoda y estable para ir hacia algo desconocido y que no parecía muy confortable? La religiosa insistió con firmeza. Finalmente, Del Hoyo aceptó trasladarse a la nueva residencia, pero lo hizo con el propósito de, apenas cumplido el compromiso, regresar³⁰. Con los nombres de Narcisa (Nisa)

²⁹ Quienes la conocieron años después, señalaban que Dora del Hoyo era una apasionada del fútbol, le gustaba el cine y la música clásica. Posiblemente adquirió estos gustos en esos años. Cfr. por ejemplo, los testimonios de Paula Assen (fechado en Sidney, el 17 de marzo de 2004), María del Carmen Cominges (Valencia, 12 de marzo de 2005) y Ángeles Calvo González (Madrid, 22 de marzo de 2004), AGP, serie S.2.4.

³⁰ En este *tira y afloja*, Del Hoyo cedió, pero no aceptó la fecha que le señalaron para presentarse; quería pasar su santo en casa de la familia donde trabajaba. Acudió a Moncloa

González Guzmán, directora, y de Encarnación Ortega, secretaria, se dirigió a Moncloa.

Al llegar a la residencia, se dio cuenta de lo que significaría ese nuevo trabajo: todo estaba en obras, también la cocina, el planchero, las habitaciones. Todo lleno de polvo, humedad y las consiguientes dificultades. No había más que verlo.

Permaneció allí un mes sin sacar por entero sus pertenencias de la maleta, porque en cualquier momento pensaba marcharse. Ocupaba una camarilla, con cortinas, que era preciso limpiar para poder acostarse cuando terminaban su jornada los obreros. Finalmente, al deshacer la maleta, dispuesta a quedarse, contrajo unas anginas colosales debido a la humedad, que la obligaron a volver a la residencia del Servicio Doméstico. Estuvo ahí ocho o diez días, hasta que mejoró³¹.

Y volvió a Moncloa. ¿Por qué? Nunca supo explicarlo. De sus recuerdos extraía algunas razones: se lo habían pedido las religiosas. Por otra parte, Encarnación Ortega y Narcisa G. Guzmán eran dos mujeres jóvenes, sin experiencia del oficio que ahora les tocaba hacer, y que poseían un trato y afecto excelentes. Se daba cuenta del sacrificio y la pasión que ellas ponían en sacar adelante aquel proyecto, a pesar de las dificultades. Le daban pena. Trabajaban mucho, eran pocas, jóvenes y con empleadas sin suficiente experiencia³².

Al inicio, mientras la casa estaba en obras, planchaban en el comedor de la residencia, juntando las mesas. En la cocina tenían que abrir un paraguas, porque el agua de las goteras se filtraba; el carbón, típico de la posguerra, era mitad tierra y no ardía. Las comidas tenían que ser abundantes y bien hechas, aun con presupuesto reducido³³.

el día siguiente. Cfr. entrevista a Dora del Hoyo, Roma, 11 de septiembre de 2000. Parece tratarse del cumpleaños (10 de enero) y no del santo (6 de agosto), porque el primer diario de la administración de la residencia comenzó a escribirse con fecha 28 de septiembre de 1943, día en que se trasladó a esa casa el grupo de personas que se encargaría de la atención doméstica. Además, allí se habla de una nueva doncella que llegó en enero y que enfermó de anginas (como se verá más adelante), aunque no se indica su nombre. Cfr. diario de la administración de Moncloa, 8 y 27 de enero de 1944, AGP, serie U-2.2, D-1217.

³¹ Cfr. entrevista de Ana Sastre a Dora del Hoyo en Roma, 4 de junio de 1998 y entrevista del 11 de septiembre de 2000.

³² Cfr. entrevista de Ana Sastre a Dora del Hoyo en Roma, 4 de junio de 1998. En la entrevista de 2000, Del Hoyo recordaba que estaban también María Amparo Rodríguez Casado, que por enfermedad no podía trabajar, y unas siete chicas contratadas (aparte de la que iba a lavar y de Concepción Andrés, que era asistenta, es decir, iba por horas, y que después se quedó a vivir allí).

³³ Cfr. entrevista de Ana Sastre a Dora del Hoyo en Roma, 4 de junio de 1998.

Del Hoyo conoció a Escrivá de Balaguer en una de las visitas, que solía hacer los sábados, a la zona de la administración de la residencia. Inmediatamente le atrajo su estilo directo, alegre y optimista. En el primer encuentro que tuvieron, san Josemaría mostró interés por cada una; les preguntó sus nombres, qué trabajos hacían, si se sentían bien atendidas por las *señoritas* (como se las solía llamar por entonces), si estaban contentas etc. En otras ocasiones, además de preguntarles cómo estaban, las animaba a hacer las tareas del hogar con amor de Dios, cuidando las cosas pequeñas, descendiendo a veces a detalles que ayudaban a conservar bien la casa, ya que era nueva. Por ejemplo, en una ocasión les enseñó el modo de abrir las contraventanas –enganchando la cadenita que tenían, para evitar que se golpearan y se rompieran–; les explicó que, al hacer la limpieza de las habitaciones, debían dejar las cosas en su sitio. En cada encuentro les insistía en que debían estar alegres, fruto de saberse hijas de Dios, y en que cualquier preocupación que tuvieran la dijeran a las *señoritas*. Les hablaba de la importancia de su quehacer y de lo necesario que era, tanto como el del médico o el del arquitecto; las llevaba a sentirse orgullosas de ser empleadas del hogar, a realizar su trabajo de modo profesional, y a amar su uniforme como lo ama un militar, un piloto, un marino. En esas ocasiones, también les aconsejaba tratar vivamente a la Virgen y ejercitarse en otras prácticas de piedad, de modo que adquiriesen vida espiritual. Tan a gusto estaban, que cada semana preguntaban a Nisa G. Guzmán si el sábado vendría el sacerdote³⁴.

En este periodo, Salvadora del Hoyo comenzó a leer y a meditar las consideraciones espirituales que el fundador del Opus Dei había publicado en *Camino*³⁵.

El trabajo era abundante. Consistía en la limpieza de los hoteles que formaban la residencia, en aquel momento los llamados *tres y cuatro*. Servían la mesa –dos turnos de comensales–, para lo cual, se alternaban Dora del Hoyo y otra empleada –Concepción Andrés–: mientras una atendía el comedor, la otra planchaba³⁶. Al irse a cenar encendían el cisco en un hornillo, sobre el que se ponían las planchas para calentarlas. En esos años se usaba llevar las camisas almidonadas, es decir, se impregnaban de almidón la pechera, cuello y puños, lo que requería estirlas mojadas. Cada residente

³⁴ Cfr. entrevista de Ana Sastre a Dora del Hoyo en Roma, 4 de junio de 1998 y entrevista del 11 de septiembre de 2000; relato recogido en *Recuerdos de nuestro Padre*, Roma, 2002, pp. 283 y 290 AGP, P22.

³⁵ Cfr. «Iniciativas», 2006, p. 267, AGP, P16.

³⁶ Sobre Concepción Andrés, cfr. notas 27 y 33.

–llegaron a ser ciento veinte– solía tener siete u ocho camisas. Los pañuelos podían sumar ochocientos o mil cada semana. Por eso, muchas veces Del Hoyo y Andrés se quedaban planchando hasta las dos de la mañana. Cuando González Guzmán y Ortega se enteraron, cambiaron la organización del trabajo: Dora del Hoyo, en lugar de ir a las limpiezas, plancharía³⁷.

En el verano de 1945, antes de que partiese Dora del Hoyo a Riaño, Narcisa G. Guzmán se despidió de ella invitándola a acompañarlas en una nueva residencia que se abriría en breve en otro sitio. Dora del Hoyo estuvo de acuerdo, pero señaló escuetamente que no quería ir a Bilbao o a Zamora: «me gustan esos sitios, pero no para estar»³⁸.

LA RESIDENCIA ABANDO, EN BILBAO

En los últimos días de agosto de 1945, llegó una carta al domicilio familiar de Dora del Hoyo en Boca de Huérgano. Narcisa G. Guzmán la esperaba para trabajar con ellas en la nueva residencia Abando, en Bilbao. Entonces comentó en voz alta: «Allí no voy». Su padre terció, diciéndole que había dado la palabra de que iría, por lo que tenía que cumplirla. A la insistencia de la hija, volvió a decirle lo mismo, añadiendo que podría dejarlo si no estaba a gusto, pero que habiendo dicho que iría, tenía que presentarse³⁹.

Del Hoyo repitió siempre que debía su vocación en el Opus Dei a su padre, aquel hombre capaz de conseguir recursos para su familia en medio de carencias, de no rehuir ningún trabajo honrado, de enseñar a sus hijos la nobleza de ejercer con excelencia las tareas de su oficio. Y así llegó a Bilbao el 19 de septiembre de 1945⁴⁰. Buscando la casa, se encontró con una religiosa del Servicio Doméstico, a la que pidió que la acompañase porque, si no encontraba el sitio, volvería con ella al colegio. En un lugar donde todo era escombros, advirtió la presencia de Pedro Casciaro y Manuel Botas, a los que había visto en Moncloa. Dedujo que esa sería la residencia, se despidió de la religiosa y llamó a la puerta. Efectivamente, allí la esperaban y la saludaron vivamente. La situación de Abando era la misma que la de Moncloa cuando

³⁷ Cfr. entrevista a Dora del Hoyo, Roma, 11 de septiembre de 2000.

³⁸ Entrevista de Ana Sastre a Dora del Hoyo en Roma, 4 de junio de 1998.

³⁹ Cfr. entrevista de Ana Sastre a Dora del Hoyo en Roma, 4 de junio de 1998 y entrevista del 11 de septiembre de 2000.

⁴⁰ Cfr. diario de la administración de Abando, 19 de septiembre de 1945, AGP, serie U-2.2, D-241.

llegó: obreros, humedad..., es decir, la incomodidad de los comienzos. La cocina funcionaba precariamente, el planchero estaba sin terminar, aún no había lavadero y debían hacer la colada en los cuartos de baño. Esta situación duró un mes⁴¹. Quienes se encontraban ahí eran Narcisa González Guzmán, Carmen Gutiérrez Ríos, Digna Margarit y Guadalupe Ortiz de Landázuri, que pertenecían al Opus Dei⁴². También estaba Concepción Andrés, y una mujer mayor que cocinaba, llamada María⁴³.

Salvadora del Hoyo hacía de todo: cocinaba junto a Concepción Andrés –sobre todo cuando la cocinera se enfadaba por el menú indicado y no quería guisar–, hacían la limpieza, planchaban. Mantenían los suelos de madera brillantes, a base de darles cera⁴⁴.

En noviembre de ese año, 1945, Nisa G. Guzmán comenzó a hablar a Dora del Hoyo sobre el Opus Dei. Poco podía explicarse de una institución que estaba en los inicios y de la que no había nada similar. Dora del Hoyo entendió lo esencial y procuró explicarlo a sus padres antes de concretar el paso que quería dar: se trataba de una llamada de Dios para darle su vida enteramente –no se casaría–, en medio de su trabajo ordinario, sin ser religiosa. Seguiría haciendo lo que hacía, por amor de Dios, como había aprendido a hacer en Moncloa y en Abando; viviría con las demás mujeres de la Obra y les escribiría mucho, mucho⁴⁵. Nuevamente fue su padre quien le habló claramente, diciéndole que ella era mayor de edad y la decisión era cuestión suya, pero debía pensarlo bien, porque no podía después abandonar ese camino⁴⁶. El 14 de marzo de 1946, Salvadora del Hoyo escribió a san Josemaría pidiéndole ser del Opus Dei; al día siguiente lo hizo Concepción Andrés⁴⁷.

Ellas fueron las dos primeras numerarias auxiliares en el mundo, con preparación y dedicación profesional de empleadas del hogar⁴⁸.

⁴¹ Cfr. entrevista a Dora del Hoyo, Roma, 11 de septiembre de 2000.

⁴² Se habían trasladado allí el 16 de septiembre. Cfr. diario de la administración de Abando, 16 de septiembre de 1943, AGP, serie U-2.2, D-241.

⁴³ Cfr. entrevista de Ana Sastre a Dora del Hoyo en Roma, 4 de junio de 1998.

⁴⁴ Cfr. entrevista de Ana Sastre a Dora del Hoyo en Roma, 4 de junio de 1998 y entrevista del 11 de septiembre de 2000. Del Hoyo recordaba que los primeros residentes eran muy desordenados, lo que les multiplicaba el trabajo. Poco a poco fueron cambiando.

⁴⁵ Cfr. entrevista a Dora del Hoyo, Roma, 11 de septiembre de 2000.

⁴⁶ Cfr. entrevista de Ana Sastre a Dora del Hoyo en Roma, 4 de junio de 1998.

⁴⁷ Cfr. diario de la administración de Abando, 14 y 15 de marzo de 1946, AGP, serie U-2.2, D-243.

⁴⁸ En aquellos años se denominaban numerarias sirvientas, ya que ése era el nombre del oficio que ejercían; años más tarde, en 1965, san Josemaría cambió la nomenclatura por el de numerarias auxiliares. Cfr. *El trabajo de la Administración*, p. 16, AGP, P19.

El 3 de mayo de ese año, ambas se trasladaron a Los Rosales, una casa recién adquirida en Villaviciosa de Odón, pueblo muy próximo a Madrid⁴⁹. Recibirían allí la formación necesaria para vivir bien su entrega a Dios: clases de doctrina cristiana y sobre el espíritu del Opus Dei. Tuvieron ocasión de ver varias veces al fundador que, como padre, les exponía el camino que iban a emprender: en la Obra cada uno continuaba con su trabajo u oficio –lo que hacía antes de pertenecer al Opus Dei–, pero con una diferencia: el afán de santificarse a través de esas ocupaciones⁵⁰. En esas ocasiones, san Josemaría volvía a mostrarles la proyección sobrenatural de su trabajo; la dimensión apostólica universal de su entrega. Del fundador aprendieron, además, multitud de ideas y detalles para mejorar su oficio. Y todo envuelto en un verdadero afecto y en la seguridad de contar con la lealtad de cada una de esas mujeres.

ROMA, CIUDAD ETERNA

El 23 de junio de 1946, Escrivá de Balaguer se había trasladado a Roma. Lo aconsejaba el carácter universal de la Obra y el desarrollo de los apostolados en nuevos países. Obtener la bendición y aprobación pontificias era condición imprescindible para lanzarse por todos los caminos del mundo.

El primer domicilio del fundador y de otros miembros del Opus Dei fue un pequeño piso en un edificio de piazza Città Leonina, muy cerca del Vaticano. En una carta de ese mismo mes de junio, adelantaba que algunas mujeres del Opus Dei se trasladarían a Roma, porque se veía conveniente para el desarrollo de la Obra⁵¹.

En julio de ese año, Dora del Hoyo supo que, si quería, sería una de las que viajaría a Roma⁵². El 27 de diciembre de 1946 llegaron al aeropuerto de Ciampino Encarnación Ortega, Dorotea Calvo, Julia Bustillo, Dora del Hoyo y Rosalía López. Las dos primeras eran numerarias, las otras tres numerarias auxiliares.

⁴⁹ Cfr. diario de la administración de Los Rosales, 3 de mayo de 1946, AGP, serie U-2.2, D-1359.

⁵⁰ Cfr. «Iniciativas», 2006, pp. 454-456, AGP, P16.

⁵¹ Cfr. «Iniciativas», 2006, p. 458, AGP, P16.

⁵² Cfr. diario de la administración de Los Rosales, 22 de julio de 1946, AGP, serie U-2.2, D-1360.

Pocos años después, en 1949, pudieron acomodarse en un sitio un poco más amplio, en un sector independiente de la casa que anteriormente había ocupado la Legación de Hungría, que se había adquirido en condiciones excepcionales. Los ahorros y generosidad de cuantos estaban iniciando el camino del Opus Dei en muy diversos lugares, contribuyeron también a pagar los créditos que requería la obtención de todo el inmueble⁵³. Al inicio, la vivienda del fundador y de los otros miembros de la Obra era la zona que ocupaban los porteros de la Legación. El *Pensionato*, como llamaron a ese edificio, pronto gozó de limpieza y orden.

Por añadidura, el 29 de junio de 1948 san Josemaría erigió el Colegio Romano de la Santa Cruz, en el corto espacio que ofrecía el *Pensionato*. Allí, un reducido número de alumnos se instaló para convivir y estudiar⁵⁴. En octubre de 1950 llegaron veinte más.

La administración doméstica de ese centro estaba compuesta por varias mujeres del Opus Dei. El grupo inicial había variado, pero entre ellas seguía Dora del Hoyo.

Durante los casi treinta años en que Del Hoyo vivió y trabajó en estos edificios, tuvo la oportunidad de atender también los servicios domésticos en las estancias de san Josemaría en diferentes localidades. Entre 1958 y 1972, el fundador salió de Roma en los meses estivales, con el fin de alejarse de las ocupaciones habituales, lograr un poco de descanso y dedicar tiempo a algún trabajo especial. Así, entre 1958 y 1962, pasó los meses de julio y agosto en Londres; en los veranos de 1963 y 1964 estuvo en Reparacea y en Elorrio –al norte de España– respectivamente; desde 1965 hasta 1972 permaneció en Italia durante los veranos, pero fuera de Roma: Castelletto del Trebbio, Gagliano Aterno, Sant’Ambrogio Olona, Premeno, Caglio y Civenna. Desde estos lugares viajó a Francia, España, Alemania, Austria y Suiza, para visitar a los fieles del Opus Dei y animarlos en su tarea⁵⁵.

En el grupo de mujeres que atendió las tareas domésticas durante dichas épocas estivas estuvo presente Dora del Hoyo, salvo en Reparacea y Elorrio. Junto a las demás, su trabajo consistió, la mayor parte de las veces, en acondicionar los locales que prestaban o alquilaban sus propietarios, convirtiéndolos en un lugar agradable para que el fundador y sus pocos acom-

⁵³ Cfr. SASTRE, *Tiempo de caminar*, p. 339.

⁵⁴ Algunos de esos estudiantes serían llamados al sacerdocio, para atender especialmente a los fieles del Opus Dei.

⁵⁵ Cfr. Pilar URBANO, *El hombre de Villa Tevere. Los años romanos de Josemaría Escrivá*, Barcelona, Plaza & Janés, 1995, pp. 375-433.

pañantes –habitualmente Álvaro del Portillo, Javier Echevarría y un tercero– pudieran trabajar y descansar. Hacían las compras, preparaban las diversas comidas, mantenían la casa limpia y en buen estado, lavaban y planchaban la ropa. Muchas veces fue necesario, además, buscar soluciones ingeniosas para salvar dificultades de escasez de muebles. Gracias al trabajo bien hecho de quienes se encargaban de las faenas del hogar, Escrivá de Balaguer pudo realizar las tareas que se había propuesto terminar en esos períodos, como la revisión de documentos de gobierno del Opus Dei, cartas dirigidas a la formación de los miembros de la Obra y libros que daría a la publicación⁵⁶.

Casi treinta años de su vida dejó Dora del Hoyo en el trabajo de la sede central del Opus Dei en la Ciudad del Tíber. El fundador había puesto en ella toda su confianza y sabía que su esfuerzo contribuiría a mantener viva esta ocupación de las administraciones de los centros, que definió siempre como «la *columna vertebral* del Opus Dei».

CAVABIANCA

Los edificios de la sede definitiva del Colegio Romano de la Santa Cruz se concluyeron en septiembre de 1976. Pero antes, el 22 de junio de 1975, el fundador tuvo allí el último encuentro con miembros del Opus Dei provenientes de muchos países; cuatro días más tarde entró en la morada definitiva de Dios.

Para Dora del Hoyo fue su última casa. Después de largos años en Villa Tevere, muy cerca de la presencia del fundador, aceptó –con su alegría habitual– trasladarse a Albarosa, nombre del centro que se ocupa de la administración doméstica del recién construido Colegio Romano de la Santa Cruz. Sabía, por solicitud de san Josemaría, que su trabajo y experiencia serían necesarios, una vez más, para la puesta en marcha de estos edificios.

A pesar del excelente montaje de la casa, los primeros días fueron duros: limpiezas, frío, carencia de calefacción y agua caliente, etc. Del Hoyo volvió a ser un ejemplo de fortaleza, animando a todas.

Con frecuencia, Álvaro del Portillo –sucesor de Josemaría Escrivá de Balaguer al frente del Opus Dei– visitaba Cavabianca y pasaba al centro anejo para charlar un rato con quienes vivían ahí. En uno de esos encuen-

⁵⁶ Sobre los escritos del fundador del Opus Dei, cfr. José Luis ILLANES, *Obra escrita y predicación de san Josemaría Escrivá de Balaguer*, «Studia et Documenta» 3 (2009), pp. 203-276.

tros, en marzo de 1984, les dijo: «Hijas mías, es lógico que hoy pasara a estar con vosotras un rato: se cumplen diez años de esta casa. Hace poco, hemos hecho un cálculo aproximado de los sacerdotes que han salido de aquí en este tiempo: unos quinientos. Si pueden estar trabajando por todo el mundo –y lo hacen muy bien– es, en parte, gracias a vuestro trabajo, hijas mías. ¡Que Dios os bendiga! Se realiza lo que decía nuestro Padre: no se os ve, pero el fruto de vuestra labor está esparcido por toda la tierra»⁵⁷.

FINAL DE CAMINO

Desde el mes de agosto de 2003, el estado de salud de Dora del Hoyo fue empeorando. Siempre fue proverbial su resistencia, hasta que, en 1987, sufrió un infarto cardiaco, pero se recuperó satisfactoriamente. Cuando cumplió los ochenta años, en enero de 1994, Álvaro del Portillo pidió a todas las de la casa que lo celebraran *por todo lo alto*. Y así fue: una alegre fiesta recorriendo los lugares del mundo en los que ella, indirectamente, había ido dejando su huella y su vida. Ese año su debilidad física era manifiesta y tenía una insuficiencia pulmonar que le impedía reposar.

A partir del 9 de enero de 2004, su estado se hizo terminal. Toda la casa estaba pendiente de la evolución de su estado. Javier Echevarría, entonces prelado del Opus Dei, recababa información de los médicos que la atendían. Se palpaba en el entorno la sencillez y la grandeza de un cariño y agradecimiento auténticos.

A partir de la madrugada del sábado día 10, el corazón de Dora del Hoyo comenzó a fallar. Poco antes de las cuatro su respiración se hizo imperceptible y a los pocos minutos, con el crucifijo en las manos, abandonó su largo y fecundo caminar por la tierra para entrar en la eternidad de Dios.

Se preparó el velatorio en el oratorio del centro, dedicado a Santa María Reina. Javier Echevarría celebró la Santa Misa y, en una homilía, breve y profunda, señaló que todos debíamos tomar el relevo con el mismo garbo con que ella lo recibió y dar muchas gracias a Dios por Dora del Hoyo. Se cerraba otra etapa histórica de la Obra, porque ella era la primera numeraria auxiliar⁵⁸.

⁵⁷ «Noticias», 1984, pp. 284-285, AGP, P02.

⁵⁸ Cfr. *relato sobre el fallecimiento de Dora*, p. 4, AGP, serie S.2.4. No está fechado ni firmado. Fue escrito por una de las testigos de esos días al poco tiempo de morir Dora del Hoyo.

Los restos mortales de Salvadora del Hoyo fueron introducidos en el féretro por numerarias auxiliares de todo el mundo: Ria van der Oever, de Holanda; Marcelina Orduña Arredondo, de México; Rose Anne Waithira Karobia, de Kenia; Felicity Simpson, de Australia; y Vilma Tibi Sayson, de Filipinas. El cuerpo fue trasladado a Santa María de la Paz, en la sede central del Opus Dei en Roma. A las tres y media del día 11 de enero se cerró definitivamente el féretro, para ser depositado en un lateral de la cripta, junto a la tumba de Álvaro del Portillo y bajo el altar donde reposan los restos de san Josemaría Escrivá de Balaguer⁵⁹.

Ana Sastre. Doctora en Medicina. Premio de la Real Academia de Madrid. Especialista en Medicina Interna, Endocrinología y Nutrición. Jefa de la Unidad de Nutrición Clínica en el Hospital Ramón y Cajal de Madrid hasta 1999. Profesora en las Facultades de Medicina de la Universidad de Navarra, de la Universidad Autónoma y de la de Alcalá de Henares (Madrid). Ha intervenido en más de doscientos congresos, nacionales e internacionales. Premios: Doctor Marañón, al mejor científico en el campo de la alimentación (1990); Abraham García Almansa, a la promoción de la nutrición clínica en España (1996). Primera Medalla de Oro de la Sociedad Española de nutrición básica aplicada. Como escritora, cuenta con una semblanza de Josemaría Escrivá de Balaguer (Madrid, Rialp, 1989).
e-mail: anasax@teeline.es

⁵⁹ Cfr. «Noticias», 2004, p. 50, AGP, P02.

DE LOS PICOS DE EUROPA A LA CIUDAD DEL TÍBER.
APUNTES PARA UNA RESEÑA BIOGRÁFICA DE DORA DEL HOYO



Vista de la Residencia Moncloa en 1944, apenas iniciada su actividad.



Dora del Hoyo y –a su derecha– su hermana, en Madrid, en 1945.



Encarnación Ortega y Dora del Hoyo en el romano Gianicolo, el 11 de junio de 1947. Se habían trasladado a la Ciudad Eterna en diciembre del año anterior.



Dora del Hoyo, Ascensión Higuera y Julia Bustillo en el centro Villa Sacchetti de Roma, en julio de 1959. Las tres, numerarias auxiliares, trabajaron durante años en la sede central del Opus Dei.



Dora del Hoyo en las cercanías de Roma, en el año 1977.



Dora del Hoyo en Roma el 2 de octubre de 2003; se trata de una de sus últimas fotografías.